

# HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

## DISCIPULO DE KOCH Y COMPAÑERO DE SIR ARTHUR CONAN DOYLE

RECUERDOS DEL DOCTOR TOMAS SANHUEZA SANDERS.

### PREÁMBULO Y RETRATO.

**P**ARA los viejos, queda en la vida, el recuerdo innumerable... No se precisa de la «conversación carnal», como dirían los jueces de Catalina de Aragón, aquella primera esposa de Enrique VIII, para justificar la supervivencia de los viejos... Perdura el perfume, la huella imborrable de los actos, la actitud y la armonía conceptuadas de todas esas facultades físicas o afectivas que nos hicieron felices otrora. Ya me ve usted, totalmente desprejuiciado, razonando con una sinceridad de adolescente. Se debe vivir o tratar de vivir, sin escepticismo ni falsa envidia por la pérdida de algunas preponderancias... Basta el ejercicio de los sentidos; el tacto, el olfato, la vista, el gusto y la memoria nos entregan vírgenes perennes al espíritu natural. El placer retrospectivo de un ciego adulto que recuerda el sol de la infancia. Yo cierro los ojos para vivir deleitosamente y creo, que la vejez, nos trae un refinamiento o afinamiento de ese placer inefable de construir, de observar el pasado por la misteriosa ventanita del recuerdo, sin el daño vivo, que es impulso del actuante ordinario. Esta es la paz feliz de los viejos...!

Y el Doctor, se alisa su barba de Santa Claus civil, su barba de algodón hidrófilo, que el viento le parte hacia los hombros.

La profesión médica, compulsadora de dolores ajenos y por añadidura, las penas propias, me han estampado ésta filosofía. Larga es mi actuación, ancha y profunda de recuerdos y alter-

nativas. Yo iré ordenando éste maremagnum para satisfacer su curiosidad; porque, ¡no se burle usted! yo tengo una disciplina rigurosa como médico y como numismático. Un pozo de dolor, que cegó casi cinco años de mi vida, la muerte de un hijo querido, me desvió hacia esa preocupación pueril y meticulosa del numismático. Tengo ordenadas mis piezas desde la época colonial chilena de 1744 hasta el sistema decimal que se inició en 1851. He tenido una paciencia de entomólogo o de orfebre medioeval... Y, ya verá usted, que estas disciplinas forman el carácter, como una gimnasia de la voluntad.

Vamos discurriendo sin premura por esta mañana soleada, dominguera de retoños y con chaya menuda de durazneros y almendros tempranos.

El Doctor es alto, ni enjuto ni hombrón, españolísimo de facciones, aunque la sangre Sanders juega sus circunvoluciones patentes. Tiene el tranco decidido del andariego consumado y la cabeza, siempre en esguince de avanzada, con la decoración de la blanca barba bailadora al viento, como el foque naviero.

Usa inverosímiles bastones bordeleses de retorcidas cepas, ganchos jacarandosos, áspides de Esculapio.

Estampa de caballero indo-británico, parsimonia y donaire espirituales, contemplativo permanente de sus pinos y suave patrón de sus tierras; alianza de castellano viejo con navegante isleño.

De cada árbol tiene su historia compendiada, romance de égloga. Esta palma la sembré el año 1888 y vea usted, la corpulencia que alcanza hoy. Está adueñándose de mi casa con simpática intrusidad. Ah! realiza la desproporción de nuestras esperanzas...

Y con el bastón bordelés le da unos golpecitos de abuelo. Esos naranjos y esos pinos míos...

Podría decirse de este Doctor, lo que añadía al retrato del señor Voltaire, jardinero de Ferney, un biógrafo sutil: «Vive de reasorber sus propios jugos. Acostumbrado a tomar los gestos de todas las emociones, ha acabado por ser todo él un simple gesto.»

#### INICIACIÓN.—VAPORES EN EL BÍO-BÍO Y CEMENTERIOS LAICOS.

Después de medio siglo de profesión, desde el 87 hasta 1929, el Doctor se ha jubilado por propia determinación. Lo vemos en su sombrero estudio de la calle de O'Higgins, en que cada araña es una Penélope sin sobresaltos ni temores. La sala de espera con sus antiguos muebles de moaré, su estudio silencioso

con la mesa quirúrgica, zancuda de altas patas, los anaqueles con numerosa bibliografía médica, el instrumental destellando pálidamente en su inactividad, y revistas, folletos, libros a montones, desbordándose, inundando esa paz, ese olvido de los dolores y del tráfigo de la vida enferma.

Y empieza a hablarme, con orden ponderado, tal como cataloga sus monedas, menos difícil por cierto, que urdir el resumen de tantos años desvaídos como el cuño caprichoso de la plata-cruz.

—Yo nací el año 1859 y me eduqué bajo la severa tutela de mi abuelo británico Tomás Kingston Sanders, por haber quedado huérfano de madre. El 70 era liceano en Concepción hasta el 77 en que inicié mis estudios médicos en Santiago. Esta ciudad penquista tenía en aquellos años una periferia muy reducida, aunque por razones de estrategia y de importancia intelectual, tuvo siempre un ascendiente formal. Había preocupaciones culturales, pero la mayoría se dedicaba al comercio, como zona de atracción de todo el territorio sur, tan aislado del centro de Chile, por las precarias vías de comunicación. Recuerdo todavía los viajes de posta a Santiago o la navegación por el Bío-Bío hasta Nacimiento, que efectuaban vapores de ruedas laterales de propiedad de don Manuel Hoges. Esta navegación fluvial prestaba utilidad inapreciable para el transporte de maquinarias o elementos que necesitaban los productores agrícolas, devolviendo, en cambio, todos esos productos que excedían de sus graneros y cultivos. Siempre fué dificultosa la navegación por el Bío-Bío, por las arenas acumuladas y las corrientes que cambiaban su cauce, así es que, muchas veces, los viajes a Nacimiento se prolongaban sobremanera y se dió algún caso muy particular, de agricultores que habían liquidado sus cosechas y volviendo con todo su capital, lo perdían durante la navegación, ya que no escaseaban a bordo los asados, el mosto y la baraja traicionera...

El espíritu de Concepción fué siempre liberal y como una comprobación de lo que afirmo, está el incidente promovido a raíz de la muerte del Coronel Zañartu, que fué el origen de la discusión de los cementerios laicos.

El dicho Coronel, un héroe que se había batido en Carampangue y que era Jefe del Batallón Cívico para tener en el bregate a los insurrectos de la frontera, se casó en Concepción con la señora Gertrudis Zañartu viuda de Gana. Por razones de vida privada e instado el Coronel a confesarse en artículo de muerte, se negó al arrepentimiento de sus culpas, dando pie al curioso entredicho entre el Obispo Salas y los amigos del

extinto. El Obispo trató de cerrar el Cementerio y prohibir la inhumación de Zañartu en tierra considerada sagrada, lo que motivó un movimiento violento de parte de los cívicos. Yo era un muchachito y concurrí al Cementerio, ya que se anunciaban toros; pero todo pasó sin mayor trascendencia, pues el Cementerio estaba con sus puertas abiertas... De este suceso que fué comentado y dispersado por la prensa, se originó la famosa controversia sobre los cementerios laicos, provocada por don Domingo Santa María en el Congreso del año 72. Desde entonces, parece que Concepción se dividió exactamente en dos partidos, que si no me equivoco perduran hasta hoy, salvo pequeñas desviaciones o escisiones doctrinarias.

VIDA INTELECTUAL.—LUCHAS DE LA ÉPOCA.—LASTARRIA, VICUÑA MACKENNA.

Debe recordarse también, en el Concepción antiguo, el eco que encontró aquí la efervescencia literaria del año 75, pues los liceanos tenían sus periódicos escritos a puño y de circulación rigurosa, habiéndose destacado el periódico impreso *El Alba*, que dirigía el poeta Ramón Harriet.

Yo era estudiante de medicina en Santiago y pertenecía al grupo de la sociedad de *El Progreso*, que presidía ese hombre hermético y ceñudo de don Manuel Antonio Matta, en una sala de la Galería San Carlos. Primaba, entonces, el espíritu de tacha y selección entre los liberales destacados y los estudiantes, para contrarrestar la acción permanente e incisiva de la ideología eclesiástica. Se crearon escuelas públicas y populares y yo fuí profesor en la Escuela Franklin, sita en la calle Nataniel afuera, cerca de la Avenida Matta. Además, se fundó una Biblioteca Popular, con la contribución de todos nosotros, que fué la base de la biblioteca del diario *La Época*. Hay que trasladarse a ese tiempo, para poder apreciar la magnitud de nuestro esfuerzo en medio de una tiniebla compacta, en que la ciencia era considerada todavía como un sacrilegio. Esta iniciativa de *El Progreso* se malogró, después, por el afán egoísta o especulativo de algunos y terminó a capazos, desmembrada, inerte y sin esa cohesión que se precisa sostener para realizar las grandes luchas ideológicas. Como ayer y como siempre, la mezquindad de unos cuantos fariseos terminó con esa iniciación laudable.

Después surgió la Academia de Bellas Letras, que presidía don José Victorino Lastarria. En ese cenáculo dilecto conocí a

Guillermo y Manuel Antonio Matta, José Antonio Soffia, Augusto Orrego Luco, Daniel Barros Grez, Juan Nepomuceno Espejo, Pedro León Gallo, Ambrosio Montt, Antonio Varas, Barros Borgoño, Fanor Velasco, Benjamín Dávila Larraín y tantos otros hombres ya ilustres en esa época.

Lastarria era muy afecto a la juventud y como era apasionado por todas las especulaciones espirituales, los sábados, luego de terminar nuestras reuniones en la Academia, los más fervorosos lo acompañábamos hasta su casa de la calle de la Bandera, en cuyo umbral se prolongaban sus charlas, apretadas de bellos conceptos, de sutilezas ingeniosas, campeando en su verba encendida ese vigor mozo y liberal indomable, que le adjudicara su preponderancia de maestro, de verdadero constructor de mentalidades. Fué Lastarria la cristalización de al doctrina más espontánea, que hizo de nosotros hombres dignos y noblemente independientes. Todavía no se ha hablado suficiente sobre el mérito impulsador del liberalismo de Lastarria.

Copie usted, este párrafo elocuente de Lastarria: «Así la Administración Pérez, por una parte, aparentaba servir a la reforma exigida por la opinión del país, para hacerla abortar en el sentido de que ella no perjudicase a la organización del poder absoluto, defendida por los intereses y doctrinas de los conservadores; y por otra, creyendo que éstos formaban su fuerza principal, entregaba al círculo de reaccionarios las funciones públicas, principalmente las de la Universidad y de la enseñanza, que eran las que más apetecían ellos. Los liberales enrolados en el partido gobernante, servían incondicionalmente a esta política o por no perder su posición, o por que no tenían valimiento para modificarla. Esta actitud pasiva formaba contraste con la actividad que desplegabá el círculo reaccionario para apoyar sus osadas exigencias; y, como era natural, el gobierno buscaba a sus defensores, no tanto entre los liberales que carecían de organización, cuanto entre los adeptos de las logias que el círculo clerical tenía organizadas para hacer guerra, a nombre de la religión, no sólo contra las regalías del Estado y las libertades sociales condenadas por la iglesia, sino aun contra la propiedad industrial de los diarios, que como *El Ferrocarril* y *La Patria*, eran acusados de herejes porque no defendían los intereses eclesiásticos.»

Lastarria anota al margen de sus Recuerdos Literarios, un síntoma que verifica el antagonismo y las dificultades con que debíamos luchar los espíritus independientes. Dice, que en la misma Administración de Pérez, se sancionó y promulgó en

20 de Diciembre de 1869, una ley auxiliando con 20,000 pesos, para gastos de viaje a los Obispos de Chile, que habían ido al Concilio Vaticano a establecer éste cánón, que se aplicaba para excomulgar a la Corte Suprema y todos los demás cánones que atacaban la Soberanía del Estado. Esto dice relación, con el examen que hacía «La Revista Católica» el 8 de Julio de 1871, examinando dos sentencias libradas por el tribunal supremo en dos recursos de fuerza, no vacilando en sostener que la ley civil debía callar ante las voluntades de la iglesia, y declaraba excomulgados a los magistrados de la Corte Suprema, como allanando ya el camino a las censuras y excomuniones, que más tarde, habían de lanzar los obispos contra la representación nacional y el gobierno de su patria, porque no se sometían a la soberanía extranjera de Roma... Calcule usted el ambiente de esos años...

La autoridad de Lastarria, establece otra verdad sobre el movimiento intelectual y expresa el 23 de Mayo del 42, en su discurso inaugural de la Sociedad Literaria: «Hoy los literatos no son dictadores, no son los apóstoles de una verdad nueva, se han aplebeyado, se han hecho pueblo, a medida que, aclarados los horizontes, la sociedad ha creído también que podía partir por distintos rumbos. Pero las ciencias han salido de la condición vergonzante que tenían cuando vivían de las mercedes del poder absoluto, y las letras que entonces servían a una sola aspiración, son hoy las armas de lucha que emplean todas las aspiraciones que pululan y se combaten en la sociedad moderna. El cuadro de esta situación espanta, porque no se sabe cómo salir de ella. Quinet lo traza con mano firme y fuerte colorido, pero calla, como todos, sobre el remedio de un mal tan patente. «Preguntáis, exclama, por qué los escritores del siglo XIX no tienen sobre su nación el alcance que tenían los escritores del siglo XVIII? La razón es sencilla: hoy, las ideas más verdaderas, las más justas, causan miedo. Antes de la revolución se aspiraba a ellas por todas partes. En el siglo XVIII todas las clases aspiraban a la misma verdad, corrían a encontrar las ideas, tenían sed de luz. Así un mismo escritor era el órgano de la sociedad entera: nobleza, clase media, pueblo, tenían la misma curiosidad, la misma ambición de la verdad. Siendo todavía una la sociedad, permitía al genio una dominación universal. Después de la Revolución, cada condición, cada partido se ha hecho su pequeña verdad exclusiva, fuera de la cual no hay salvación. Expresáis una de esas verdades. Al instante sois condenado por todo el que ha colocado en otra parte su bandera. Cada grado de riqueza y de pobreza tiene

sus sistemas de ideas sobre el cual la palabra y la elocuencia no pueden tener alcance alguno. Se tiene tal pensamiento no porque el sea seguro, sino porque pertenece a tal condición de fortuna en que se usado. Para saber lo que los hombres piensan, no tengo necesidad de interrogar sus almas: me basta saber en qué situación viven. De abajo para arriba, yo descubro así todos los sistemas de filosofía y de creencia.»

Y luego agrega este corolario, que puede prolongarse hasta nuestros días sin peligro de errar la generalización del concepto:

«Nuestra revolución ha emancipado menos que la de Francia el espíritu, y lo ha anarquizado más, dando alientos al orgullo individual para radicarse en sus preocupaciones y absurdos. Si allá el espíritu escolla en un dique inmenso, *aquí se ahoga, en un océano de lugares comunes, de sofismas y de frases de convención, que tampoco nadie puede examinar, sin ser estigmatizado por toda la sociedad que vive en ese océano de errores, como el pez en el mar salado.* Todos los partidos, todas las condiciones buscan en el respeto y en la sumisión a esos errores el triunfo de sus intereses y la dominación. Emitid vuestro pensamiento libre en las regiones de la filosofía o de la ciencia, y no alcanzaréis a sentir el eco de vuestra palabra, porque ella será ahogada y condenada, sin otros; emitid vuestro pensamiento libre en las regiones de la historia o de la política y sublevaréis una tempestad; proclamad vuestro pensamiento sin disfraz y os tratarán de loco. No hay remedio *es preciso dejar de pensar y dejar de sentir*, o pensar y sentir como todos según la regla convenida en la forma adoptada y consagrada en el partido a que pertenecéis, en la condición social que tenéis, en el sistema que la autoridad os ha dictado.»

Si Lastarria viniera a actuar en nuestro tiempo, creo que nadie lo aventajaría en estructura revolucionaria, en ritmo adecuado a los problemas sociales que se improvisan y surgen espontáneamente en los pueblos. Yo deseo citar esos principios de Lastarria, porque es conveniente repetirlos incansablemente para enseñanza de nuestra precaria moral, de nuestra decadencia progresiva de hombres e ideas.

No conozco a nadie más adelantado a su tiempo que Lastarria y más actual en toda nuestra época de girándulas políticas.

Con mi primo Tomás Menchaca, concurrí muchas veces a visitar a Vicuña Mackenna, en su casa de la calle que hoy lleva su nombre. Tenía una memoria prodigiosa y recordaba con precisión las anécdotas locales de Concepción, determinando a los personajes característicos del tiempo con una exactitud fo-

tográfica. Charlador jugoso e intencionado, no parecía darle importancia a la inmensa montaña de trabajo acumulado, que él hacía jugando, tal como discurría su charla clara, viva y documentada valiosamente.

En cierta oportunidad, se burlaba de un caudillo político pueblerino, de enorme prestigio en su círculo, pero que llegado al Congreso, sólo abrió la boca para exclamar una palabra: «Tolerancia»... Así acontece a veces; hay hombres que son una verdadera mistificación, hasta el momento en que se descubren ante la estupefacción de sus adoradores. En política, decía Viña Mackenna, subrayando esa anécdota, la mayoría de los dioses electorales tienen los pies de barro... y la cabeza.

LA VIEJA ESCUELA MÉDICA.—EL DOCTOR AGUIRRE.—CHARLIN Y UGARTE GUTIÉRREZ.—AUGUSTO ORREGO LUCO

—Yo estudié en la Escuela Médica, ubicada en la calle de San Francisco, en el desván del Hospital de San Juan de Dios, Escuela que ha rememorado el doctor Orrego. Si bien era precaria de instalaciones, suplía su pobreza el número ilustre de sus profesores, tales don Joaquín Aguirre su Director y los maestros Damián Miquel, Saldías, Schneider, Pablo Zorrilla, Ignacio Domeyko, Rodulfo A. Phillipi, el químico Vásquez y otros. Teníamos dos ayudantes, que después fueron mercedidamente famosos: Charlin y Ugarte Gutiérrez, cirujano y clínico, respectivamente.

Charlin, hombre sobrio, sencillo, severo, era monosilábico. Cuando nos quería enseñar una materia no conciliaba los términos exactos recurriendo, entonces, a la demostración anatómica; y, bisturí en mano era elocuente y genial. Hombre maravilloso, reservado y poco afable, fué mi amigo de juventud y muchas veces fuí con él a la calle de Carrión a encumbrar volantines...

Ugarte Gutiérrez era el reverso de Charlin: exuberante, nutrido de palabras, didáctico apasionado, clínico de perfiles eminentes, que yo llego a calificar en paralelo con el célebre doctor Dieulafoy, clínico francés que fué después mi profesor en París.

Ambos se completaban, se sumaban en la ética profesional, pues eran ejemplarmente desprendidos para enseñar sus especialidades, entregándose al discípulo con placer y, jamás nadie pudo verlos engreídos de su imponderable superioridad intelectual. Yo los tengo siempre en mi recuerdo...

Ambos murieron en mala hora.

El doctor Manuel J. Barrenechea ha comentado la evolución

de nuestra enseñanza médica, en un recuerdo que dedicó a la memoria del ilustre Profesor Vicente Izquierdo. Efectivamente nuestros sistemas estaban retrasados y la especialización adolecía de métodos e instrumentos adecuados. Yo no conocí, por ejemplo, el microscopio en la Escuela Médica... Se abusaba, pues, del diagnóstico, sin medios para buscar las causas en los análisis de laboratorio, dejándose la vida del paciente a la habilidad del «ojo clínico», tan en boga por esos años...

Por fortuna, los primeros médicos que regresaron de Europa, innovaron radicalmente sobre el método primitivo. El oculista Mazzei, ayudante del Profesor Magni de la Universidad de Bologna; Vicente Izquierdo, Profesor de Histología que fué alumno de Waldeyer en la Universidad de Estrasburgo; Lorenzo Sazie, Profesor de Enfermedades Mentales y Nerviosas, formado en la Salpêtrière, en la Clínica de Charcot; Guillermo Puelma Tupper, Manuel Barros Borgoño, Cienfuegos, Ricardo Dávila Boza, que habían recorrido las clínicas más famosas de Europa.

Se acreció, pues, el caudal de conocimientos médicos, con la experiencia recogida en centros más poderosos de ciencia, y se adaptaron las prácticas antiguas, sólidas y nobles circunstancialmente, a la rigurosidad evolutiva de otros sistemas más aptos y eficaces.

La ciencia médica es un vértigo, que hay que seguir con agilidad permanente. El procedimiento de hoy puede amanecer anticuado y el médico no debe sufrir el colapso del tiempo.

Un párrafo especial merece el doctor Augusto Orrego Luco. Fué eminente desde su juventud. La sociedad de Santiago, peducona y exclusivista, esperaba con ansiedad la actuación del nuevo profesional; pero el doctor Orrego, indiferente al halago y a la curiosidad mundanas, dió en la flor de retraerse del profesionalismo activo, para dedicarse con ahinco a las letras en la *Revista Literaria*, su principal animador, y a los estudios laboriosos y pacientes de gabinete, que habrían de informarle, después, una personalidad sólida, indiscutible y respetada por todos, con rara unanimidad. Su figura elegante, su pálido rostro enmarcado por una barba negra de Cristo buenmozo, su claridad expresiva y su afabilidad sencilla se adueñaban del auditorio en las veladas de *El Progreso* o de la Academia de Bellas Letras o en sus conferencias médicas. Los estudiantes de aquellos tiempos, lo considerábamos ejemplar. Era el Cristo deshumanizado de la sociedad, a la inversa de ese Cristo que encargó Tolstoy a un pintor ruso, tan humano y doliente, que

el escritor sintió angustias de muerte al ver la realización plástica de su idea trágica.

Veamos alguna anécdota, dice el Doctor.

—Había en la vieja Escuela un hombre muy curioso: el italiano Coste. Era el que hacía las preparaciones. Chico, regordete, truhanesco de expresión y muy afecto al vino, pero aunque intratable por su carácter, era un verdadero maestro en preparaciones. Fué contratado por el Gobierno en Europa y se contaba que había sido ayudante de una notable Escuela Médica italiana. Su único amigo era el Inspector Zorrilla, hermano de Pablo el profesor. Este Inspector era pequeñito y con pelos hasta en los ojos... Ambos se entendían o se conciliaban en la ley de Noé, y una vez riñeron estruendosamente en presencia de los alumnos. El italiano quería destrozarlo y viendo la incapacidad física de Zorrilla le ametralló un denuesto gráfico muy gracioso:

—Capisco que tu serai un macaco inferiore, porque todavía te enredas en la cola para andar.

Coste disponía de los cadáveres, que entraban «frescos» del Hospital y eran tan escasos los muebles, que la carne para nuestra codiciosa batalla quirúrgica se hacinaba en montones. Por supuesto, que durante las noches, los ratones nos hacían un picadillo de preparaciones, especialmente en ojos, narices y orejas...

Entonces se hizo un gasto dispendioso, construyéndose cajones con altas patas a fin de evitar la intromisión de los estudiosos roedores...

Esteban, el carretonero de la fosa común y su mula, eran otros dos personajes, con perdón de la mula...

Un muchacho curioso y medio romántico, después doctor Rauch que se radicó y murió en Lota, me invitó una noche para acompañar a Esteban en su carro. Nos instalamos en el pescante los tres y tomamos rumbo al Cementerio. Sucedió algo original: cada cierto tiempo, la mula se detenía sin aviso previo... Esteban se bajaba muy serio y bebía su copa de aguardiente. La mula hizo 20 estaciones y Esteban se bebió 20 copas de aguardiente. Beodo Esteban, y la mula más conciente que él, llegamos al borde de la fosa común, todo esto sin que el carretero le dirigiese ni un chistazo al animal.

Cuando Esteban descargaba los trozos humanos, media pierna enterrada entre los cadáveres, consideramos que la profesión del hombre necesitaba su estimulante...

CAMPAÑA CONTRA LA CONFEDERACIÓN PERÚ-BOLIVIANA.—  
LA RAZA FUERTE.—EL ROMANCE DEL TENIENTE BOLTZ.

—Todavía era estudiante de medicina, cuando fui a recoger heridos, después de la batalla de Tacna. Me inicié, pues, en una carnicería humana. Recibido de médico a principios de 1883, fui nombrado Cirujano del Ejército y me embarqué con destino al Hospital 2 de Mayo en Lima. Al poco tiempo después se me agregó a la Expedición Arriagada, que salía en persecución del montonero Cáceres al interior-norte del Perú. La destrucción de este caudillo, dicen las Memorias de Lynch, era indispensable para facilitar las negociaciones de paz, consolidar el gobierno del General Iglesias y concluir con las esperanzas de los ilusos, que esperaban posibles victorias. El 6 de Abril del 83, salía en un tren de Oroya el Coronel León García, con 1,800 hombres y el 25 de Abril del mismo año, partían 1,200 hombres más al mando del Coronel Estanislao del Canto. Su misión era operar en la quebrada de Chicla, destruir las montoneras existentes entre Matucana y Chosica, irrumpir por Cieneguilla hasta Sisicaya, buscando los mejores caminos y combinar un plan de ataque decisivo con las fuerzas de León García.

En Matucana, hasta donde llegaba el ferrocarril, estaba yo a cargo de un hospital militar para tuberculosos, que había fundado por orden del doctor Alcérreca, Jefe del Servicio Sanitario, en virtud del clima adecuado del lugarejo. Cuando pasó la División Canto me agregué a ella y se me nombró Cirujano del 2.º de Línea, en vista de que el doctor de cargo había sido regresado a Lima, por considerarlo el Coronel un poco revoltoso y desordenado.

La División Canto, antes de llegar a San Bartolomé, había librado dos reñidas refriegas en Balconcillo y Pampa de Sisicaya, derrotando en ambas al enemigo, que sufrió grandes pérdidas, por solo 4 muertos y 12 heridos nuestros.

Unidas las fuerzas del Coronel Canto con las de García, formaron una gruesa división, que persiguió a Cáceres hacia el norte, pasando sucesivamente por Cerro de Pasco, Huanuco y Aguamiro.

El 12 de Junio llegó a Aguamiro el Jefe del Estado Mayor del Ejército en Lima, Coronel Arriagada, nombrado Comandante General de las 3 divisiones de operaciones contra Cáceres.

Dice Lynch en sus memorias: «No necesito recordar los motivos que me indujeron a hacer ese nombramiento; pero sí dejaré constancia de que cuando el Coronel Arriagada tomó el

mando de las fuerzas, éstas ya habían recorrido 196 leguas y se encontraban fatigadas, descalzas y escasas de ropas.»

Al decir las 3 divisiones, se refiere a la de García, de Canto y la de Gorostiaga, que operaba en el norte, en el departamento de Libertad, que marchaba hacia Huamachuco para cortar el camino a Cáceres por ese departamento y la del montonero Recabarren que merodeaba en Huaraz.

El 19 de Junio las 2 divisiones de Arriagada, tomaron posesión de Huaraz, sin resistencia y al contrario, manifestándose los locales dispuestos a secundar los trabajos de paz, iniciados allá por Duarte, Jefe del Centro, reconocido previamente por el Jefe Supremo General Iglesias, con quien Chile tramitaba arreglos en oposición abierta a Cáceres.

Hasta Huaraz, la división del centro había recorrido 300 leguas chilenas, remontando y descendiendo cordilleras escarpadas y abruptas serranías, sufriendo las inclemencias de un clima de frecuentes alternativas, ora discurriendo por concavidades profundas o eminencias elevadísimas. Su estado era lamentable: sin vestuario, poca alimentación y escasas cabalgaduras, no ofreciendo ningún elemento los lugares de tránsito, ya que el originario nos escondía hasta lo más necesario. En esa situación las bajas eran numerosas: 331 por enfermedades, fiebres palúdicas, etc., y 52 por fallecimientos, pudiendo observarse, con tristeza, que muchos, en el desaliento y la fatiga recurrían a la liberación voluntaria.

A pesar de todas estas amarguras, el 22 salió la División para Carhuaz, primera jornada a 3 leguas de Yungay, desprendiéndose de los enfermos, que se dejaron custodiados por dos compañías del Miraflores y yo como Cirujano.

El grueso de las divisiones continuó la persecución de Cáceres y creyéndose que había variado rumbo al sur, se pidió con exigencia a Lima tropas que fueran a ocupar Cerro de Pasco, mientras que el grueso, para contramarchar desde Carhuaz a Aguamiro necesitaba hacer 7 jornadas de 10 leguas cada una, lo que equivalía a 12 días. Las dificultades ponían a prueba la resignación y el patriotismo de los expedicionarios, sin apagar su entusiasmo.

Durante la permanencia de Arriagada en Huaraz, éste nombró al Ayudante del Estado Mayor, Teniente Boltz, que generosamente se había ofrecido, para ir a Casmía llevando una importante comisión con destino a Lima, oficial que fué asesinado por el cabecilla de las montoneras de Moro y Nepeña, en Yantán, lugares cercanos a ese puerto.

Yo había recibido orden de dirigirme a la costa con los enfer-

mos y heridos para embarcarlos al Callao. Después de 8 días de tremendas marchas a pie, con los enfermos cruzados de a dos en cada mula, sufriendo la muerte de algunos más debilitados, llegamos a Casma.

Durante el camino, al pasar por Yantán, me tocó recoger los restos del valiente Teniente Boltz. En ese villorrio me contaron su muerte. Como era un oficial rubio y de ascendencia alemana, se hacía pasar por viajante de ese país y en Yantán, tuvo una francachela con los cabecillas montoneros. Todo había discurrido espléndidamente, resguardado por su disfraz teutón, cuando al despedirse, con grandes manotadas y abrazos, uno de ellos le dió un tirón a la manta y se la desgarró en el pecho, apareciendo a la vista de todos los botones dorados de la casaca chilena. Fué fusilado inmediatamente...

Sólo al romanticismo del joven inexperto se le ocurrió llevar su uniforme en tan arriesgada empresa o tal vez, pretendió llegar hasta la ciudad de los Virreyes, con esa prenda que él encontraba insustituible para su orgullo pueril de muchacho valentón.

Cuando me embarqué a Lima en el transporte «Chile», ya me sentí enfermo de tifus. Hospitalizado en el 2 de Mayo después fuí a convalecer a La Punta. Luego otra vez de Cirujano al Hospital 2 de Mayo y finalmente en la expedición a Arequipa, como cirujano del Regimiento Curicó. Nos embarcamos en Pacocha, haciendo la marcha a Moquegua por tierra y encontrándonos con la división de Tacna del General Gana. Vino la paz...

Luego me embarqué a Valparaíso en Enero del 84 y de tantas andanzas por esas tierras, que para otros fueron alternativas de heroísmo y de aventuras, yo conservo el recuerdo del dolor profundo, ya que mi batalla era silenciosa, entre piltrafas humanas y gritos de agonía inolvidables.

Sólo una raza de acero pudo formar esa caravana doliente, pero altiva. Eran gigantes inviolables para el desmayo, hombres de granito, que podían ir desangrándose en el camino, pero sabían sonreírle al destino tan incierto como esa ruta llena de sorpresas. A esos soldados heroicos se les podían amputar los miembros, sin que el corazón de bronce precipitara sus latidos. ¿Tenían el anestésico de los héroes, la fatalidad indígena o sabían sufrir por la patria con desprendimiento ufano?

Yo los veía cubrir las jornadas y cada noche creía estar en medio de un cementerio, pero con el alba, las energías retornaban, y todos eran fuertes ante el dolor. Hoy, la raza de miga de pan se convulsiona históricamente por el pinchazo de una agu-

ja... ¿No hemos sabido conservar el molde de esos mayorazgos de la sangre?

EUROPA.—ALUMNO DEL DR. JOSEPH BELL Y COMPAÑERO DE SIR ARTHUR CONNAN DOYLE.—EN LA ÚLTIMA CÁTEDRA DEL SABIO BACTERIOLÓGICO KOCH.—EL QUÍMICO CHEVREUL QUE CARGÓ SU PROPIA ESTATUA. —UN PROFANO ESCUCHANDO LAS RAPSODIAS DE FRANZ LIZT. ¿QUIÉN ES ESE?

—En 1884 me embarqué, por mi cuenta, con destino a Europa, radicándome en Dublín durante un año en el Internado de Ginecología y Partos del *Rotundun Hospital*. De ahí pasé a la *Royal Infirmary* de Edinburgo, a las órdenes del célebre cirujano Joseph Bell, quien tenía como ayudante a Connan Doyle. No tengo necesidad de explicarle, que si Bell era una celebridad científica, su ayudante Connan Doyle, era un célebre desconocido. Después, el discípulo sobresalió literariamente y su fama trascendió a todo el mundo, con el asombro consiguiente para los que fuimos sus compañeros. Al morir el doctor Bell, Sir Arthur Connan Doyle tuvo recuerdos particulares para el verdadero inspirador de su obra.

Cuando el escritor celebró su 71 aniversario, fué entrevistado por un periodista inglés, declarando «que era preferible olvidar todo lo que había escrito sobre Sherlock Holmes. «Cualquiera puede creer, que yo no he escrito nada más que aventuras de detectives», dijo. ¿Por qué, para variar, no dicen que soy el autor de *Rodney Stone*, de *La Compañía Blanca* o de *El Último Mundo*?

Preguntado si existió Sherlock Holmes en la vida real, respondió:

«Indudablemente que vivió y fué el doctor Joseph Bell, maestro cirujano de la *Royal Infirmary* de Edinburgo, con quien yo estudié. Tenía el doctor Bell la rarísima particularidad de sacar inferencias de observaciones insignificantes. Y cuando yo he pintado un detective, siempre he tenido presente al doctor Bell y sus métodos, y lo que yo aplico al diagnóstico de una enfermedad lo aplico en igual forma a un crimen. El doctor Watson fué un hombre corriente de carne y hueso y no un producto imaginativo.»

—En realidad, nos dice el doctor Sanhuesa, Bell era sorprendente y los que fuimos sus alumnos guardamos un recuerdo inquebrantable por su metodología, su perspicacia, su psicología, su inducción, su rapidez mental para consecuar las causas más abstrusas, por efectos casi indeterminados por el común

de las personas. No cabe duda alguna, que el espíritu de Connan Doyle se informó de la personalidad del doctor Bell. El sabio doctor subyugaba a sus discípulos, haciendo una minuciosa información, verdaderamente novelada, de cualquier nuevo paciente que llegaba a la Enfermería. Tal información la tomaba el doctor Bell a primera vista, sin preámbulos o disquisiciones, basándola en detalles, que a veces parecían risueños. Alumnos o enfermos, que caían frente al ojo ávido del doctor Bell, eran desnudados, operados psicológicamente, descubriéndoles antecedentes, morbos, enfermedades, lacras o herencias, que dejaban frío al auditorio. Recuerdo, que en cierta ocasión, caminábamos los alumnos por la Enfermería, rodeando al doctor Bell, cuando un enfermo recién llegado, sufrió los efectos de unas convulsiones tremendas. Nosotros corrimos a socorrerlo, pero el doctor Bell nos paralizó con un grito:

«No lo toquéis, que ya está muerto...» Y seguimos caminando y al regresar pasamos a conocer el caso reciente. El doctor Bell dijo en forma apasionada: Ha muerto de una embolia cerebral. ¿Por qué? ¿Cuál es la causa? ¿Que edad tenía? ¿Qué profesión? ¿Era obrero o intelectual? y a medida que él preguntaba se respondía violentamente, con precisión certera, usando los términos cabales de su poder imaginativo de fakir. Luego la autopsia corroboraba punto por punto... Tenía ascendencia hindú y alrededor de unos 55 años de edad. Sin el doctor Bell no habría prosperado el ingenio de Sir. Arthur Connan Doyle.

Y el doctor acaricia suavemente un texto rojo que tiene entre sus manos, el único libro del Prof. Joseph Bell: *A Manual of the Operations of Surgery*.

—Luego continué al norte de Alemania, a Kiel, a estudiar con el Cirujano Smarch; después visité los países escandinavos y fuí a Berlín a estudiar ginecología con los doctores Schroeders y Martin, instalándome en seguida en Viena en la clínica del famoso Billoth y del Prof. de enfermedades de la piel Kaposi. Aparte de mis preocupaciones hospitalarias y clínicas, me enrolé en el ambiente húngaro, antípoda de la severidad glacial británica. En ese tiempo llenaba Hungría la fama de Franz Litz y para concurrir a sus conciertos había que pagar precios enormes por las butacas. Yo también fuí a oír al músico y como era y sigo siendo un profano de este arte, sólo pude admirar el abigarramiento de la nobleza en el teatro, deslumbrante de sedas, joyas y condecoraciones, atónita ante la batuta de ese genio melenudo y espigado en su levitón obscuro. Las Sinfonías de Litz se me perdían en ese ambiente de emulaciones mundanas y yo me sentí incómodo, como debieron sentirse todos los ras-

tacueros del mundo al codearse con esa nobleza tan repolluda y engréida de su brillo dublé...

Regresé nuevamente a Alemania, después de haber recorrido varios países, para asistir a la última cátedra del sabio bacteriólogo Roberto Koch, ese hombre maravilloso a quien la humanidad le debe inmensa gratitud, por el descubrimiento del bacilo patógeno del cólera y de la tuberculosis. Era un hombre silencioso, abstraído, algo miope, de escasas barbas, que sólo asistía a su cátedra para revisar o inspeccionar los temas que desarrollaban sus ayudantes, como si la obligación de alejarse de su laboratorio fuera una tarea mortificante. Ya era célebre y se le respetaba sobremanera, así es que el solo mérito de su presencia en la cátedra era una ventaja preferente. Los alumnos de Koch, venidos de todo los países del mundo, nos sentíamos orgullosos de verlo actuar, aunque fuera en términos casi simbólicos. Pero como lo teníamos a nuestra vista, nos parecía que la ciencia era menos difícil y más clara para nuestros entendimientos. Tal era la sugestión que irradiaba su personalidad de sabio consagrado universalmente. Estos son los recuerdos personales del sabio, y sobraría añadir detalles sobre su biografía, que es el silabario para todos los científicos o aficionados. París fué mi última etapa europea. Creo que hice bien, porque la atracción irresistible e irremplazable de París habría dañado mis afanes de estudiante. Llegué a ella, radicándome en un hotelito de estudiantes en el Barrio Latino y me inscribí en los cursos de los Cirujanos Trelat y Segond y de los clínicos Dieulafoi y Granget. Además alterné entre la especialidad de Guyon en París y Thompson en Londres. La vida iba cambiando y ya pensaba regresar a Chile a dedicarme al ejercicio de mi profesión, así es que robaba algunas horas al estudio para saborear aquellas distracciones que debería extrañar en América. En París actuaba el célebre actor Coquelin en la Comedia y en Londres el trágico Erwing con Hellen Terry, interpretando a Shakespeare. Sin embargo, el recuerdo más profundamente arraigado en mi espíritu, la impresión más soberbia y que ha colmado siempre mis horas de belleza filosófica, ha sido la tumba de Napoleón. No sé por qué extraña atracción, siempre mis pasos se encaminaban a ella y aunque París me tendía todas las seducciones de los sentidos, yo era impotente para dominar esa fuerte sugestión del Corso. Horas enteras pasé en contemplación muda y extática, acodado en la balaustrada, frente al bloque de mármol rojo, que guardaba los restos materiales del Gran Emperador. ¿Cuál era la razón de esa fidelidad contrita de mi

espíritu? Nunca me he explicado tampoco, por qué los hombres enmudecen mirando el panorama infinito del mar...

Pasé veladas inolvidables. París...

El doctor sonríe con sus ojos claros de agua, al recuerdo mozo que le enciende las venas.

—Ayer, como, hoy se va a Europa a estudiar, observar, aprender la vieja civilización, discurriendo el aprovechamiento entre las Universidades, Institutos o Museos y en la escuela viva de los bulevares... Las aventuras sentimentales de un estudiante de medicina en Europa, sólo cuadra recordarlas de sobremesa, en un círculo de íntimos, frente a un dedal de Chabaneau...

Y el doctor excusa mayores detalles, para terminar con dos anécdotas.

—Cuándo estudiaba en París, conocí al viejito Chevreul, a quien la ciencia le debe numerosos descubrimientos. «*Les recherches chimiques sur les corps gras d'origine animale*», que hizo la gloria de Chevreul, apareció en 1823, determinando la primera teoría exacta de la saponificación. Esta teoría, condujo más tarde, al descubrimiento de las velas estearinas, que revolucionó la industria de la época. Contaba ya cien años (1) y ocurrió algo extraordinario, que yo no ví personalmente, pero que los diarios parisienses comentaron sentimentalmente. Una mañana, un carro enorme tirado por recios troncos bretones, trataba de ascender la calle empinada que va hacia el Instituto. El carro iba cargado con unos cajones enormes. Los caballos se resistían a los látigos e imprecaciones de los conductores, hasta que avanzó desde la acera un viejecillo insignificante, enclenque, curvado, y en un gesto infantil colocó su hombro a la parte trasera del carro, en ademán de impulsar a los caballos-impotentes. La ayuda era de una buena voluntad tan encantadoramente ingenua, que los transeuntes siguieron el ejemplo y el carro subió la empinada calle del Instituto. Entonces se averiguó, que el viejecito era el químico Chevreul y que los enormes cajones eran bloques de la propia estatua de Chevreul que se le iba a erigir en el patio del Instituto. Cuando el viejecito Chevreul conoció el cuento, se puso a llorar como un niño, por la coincidencia...

Yo he sido enfermo de curiosidad, así es que ví en Europa todo lo que pude y también lo que estaba vedado. Caminando un día por Potsdam, la capital de la provincia alemana de Brandeburgo, encontré abierta la puerta del soberbio palacio imperial. Como no había guardia discurrí por el parque y lle-

(1) Miguel Eugenio Chevreul, nació en Angers en 1786 y murió en París el año 1889.

gué hasta la misma escalinata del palacio, contemplando su arquitectura magnífica como un turista inofensivo... No salía de mi asombro, cuando veo avanzar una carroza, y creyendo que se trataba de algún personaje real, me descubrí ceremoniosamente. Del interior de ella se me respondió al saludo e inmediatamente surgieron soldados de todas partes y se fueron a encarar conmigo. Un suboficial, que hablaba inglés, logró entenderme y reconoció mi ignorancia. Muy gentilmente me acompañó hasta la puerta del parque y al despedirme, no pude menos de preguntarles: ¿«Quién es ese que guardan tanto ustedes?...» El prusiano enrojeció y me dijo en alta voz: «Ese es Su Majestad Imperial el Príncipe Heredero...» Es decir, yo había cambiado un saludo muy amistoso con el futuro Guillermo II, Emperador de Alemania...

Mediaba 1887 cuando regresé a Chile, radicándome definitivamente en Concepción.

#### EL MÉDICO.—SU ÉTICA.—LA IDEA OPTIMISTA.

—La ciencia médica, especialmente la cirugía, ha avanzado en términos increíbles, desde aquellos años. El sistema hospitalario, el régimen y otros detalles de hermenéutica no han variado mucho. La antisepsia y la asepsia eran desconocidas o de una primitividad candorosa. Pero, lo que ha sufrido una desviación singular ha sido la ética, evolucionando ese «altruismo compasivo» de que habla Faure en *El Alma del Cirujano*, por el ambiente utilitario, presuroso y mercantilizado, que ha envuelto la función profesional en una especie de indignidad reproductiva. El médico, debe necesariamente subvenir a las urgencias materiales con el rendimiento de su profesión u oficio, pero debe desentenderse de la especulación, en conciencia al apostolado que entraña su calidad noble de aliviador de dolientes, sean menesterosos o ricos.

Yo he practicado la profesión medio siglo y no tengo casi más fortuna que la heredada, habiendo pasado por mi consulta todos los millonarios del sur del país. No tuve urgencia de acrecentarla porque mi profesión no era un negocio. Siempre fui partidario de desechar la intervención quirúrgica, hasta probar todos los medios posibles que la evitasen, tal como me lo habían enseñado los más destacados cirujanos europeos que le he nombrado. La mejor operación es aquella que no es preciso realizar rezaba, el aforismo de los catedráticos extranjeros, para evitar esa precipitación del bisturí.

Sin embargo, como el cirujano, debe ser un experimentador

permanente, hay veces en que la preocupación científica, la sed de conocimientos, nos impulsan a verificar la intervención cometiendo excesos censurables, que bien o mal pueden resultar un tributo a la investigación o una aberración de nuestro deseo progresista.

«No obstante, dice un tratadista, debemos permanecer dominados por el sentimiento del respeto a la vida y en lo que respecta a la enseñanza de la cirugía, es de toda evidencia que los cursos teóricos agonizan; los cursos prácticos han reemplazado en todas partes a los cursos magistrales.»

Pero, esta práctica no debe tener la fiebre del ensayista o del experimentador en cada caso, porque si la audacia los salva a veces, es mayor el porcentaje de víctimas expiatorias.

Hay casos de casos... Fué operado en Santiago un caballero que sufría de piedras a la vejiga, interviniendo dos colegas eminentes. Fué dado de alta el enfermo, pasó el tiempo y el operado volvió a sentir la insistencia aguda de los mismos dolores. Me consultó y yo me entrevisté con uno de los cirujanos actuantes. Me afirmó la presencia de un tumor, que él había localizado en la intervención, en contra de mi aseveración de que las piedras existían aún. Pretendí reabrir al enfermo y la familia se opuso terminantemente. El paciente vivió, pues, sus últimos años convencido de la incurabilidad de su mal y sufriendo los dolores hasta que falleció. La familia también me negó la autopsia, ya que en ese tiempo, dicha confirmación en el «cadáver pudiente» era una especie de falta de respeto... Yo no me dí por vencido y después de algunos meses, me trasladé una tarde al cementerio y mediante algunas propinas a los sepulteros logré exhumar el cadáver y practicarle la autopsia, verificando la presencia de varias piedras en la vejiga y con mi valiosa comprobación visité al médico antagonista...

Una intervención en este caso habría sido feliz para el caballero que, sólo se sometió al bisturí cuando ya no podía negármeme ni sanar...

Para eso está la conciencia en contra de los sacrificios sangrientos e inútiles. ¿No es más humanitario, que los médicos veamos en cada enfermo un menesteroso, antes de calcular las posibilidades de lucro?

El cirujano debe tener más que ciencia y habilidad: humanidad. Es preciso curar dulcemente y cuando no hay remedio, es preciso engañar los últimos momentos del individuo con una especie de «eutanasia», de muerte sin dolor y sin agonía.

Por aquí tengo *El Destino del Cirujano*, que compendia muy bien mis observaciones: «El espíritu nuevo de la cirugía exige

sacrificios sentimentales para el avance de esta ciencia en la crítica profana. Así habrá una lucha más activa contra los prejuicios, contra las ligas de la ignorancia que se oponen a las autopsias, disecciones, vivisecciones, investigaciones experimentales, a los recursos que podrán ofrecerse para la cirugía de material vivo y aun del material muerto. La medicina y la cirugía son ciencias en las que las condiciones de su progreso están muy restringidas a causa de la dificultad de la experimentación y de los prejuicios de las masas. La enseñanza de la anatomía y de la cirugía operatoria sería mucho más fácil, completa y fructífera si se tuvieran los cadáveres en proporción. De tiempo en tiempo, individuos aislados dan su cuerpo para ser utilizado después de su muerte con objeto de hacer avanzar la ciencia; llegará un día en que transformado el espíritu atávico del hombre, conceda menos importancia a sus despojos sin vida y ello llegue a ser una costumbre banal. Estoy persuadido de que la tierra de los cementerios ha enterrado hermosos secretos, que los sabios habrían descubierto si hubieran podido observar y hacer necropsias, permitiendo progresos más rápidos y beneficiosos. No hay que pensar en toda la patología oculta bajo las tumbas e imaginar la enorme cantidad de cadáveres reducidos a la pulverización universal, que hubieran podido vivir una más larga y menos dolorosa vida, si en una época no lejana de nosotros, la cirugía y los cirujanos hubieran conocido los progresos actuales.»

Fatalmente yo no regresé a Europa, pero no he perdido jamás el contacto y he sido una verdadera golondrina de todos los climas... He vivido atiborrado de libros, intoxicado de correspondencias y vigilante a todos los adelantos de la ciencia. Vea usted mi biblioteca y examine cada texto: todos anotados, comentados, subrayados. Esa ha sido mi pasión para no sentir tan duramente la nostalgia de otros centros de estudio, modalidades, prácticas o sistemas distintos a los nuestros... El libro, el folleto o la revista de divulgación son los vehículos, que han contribuido a mantener siempre vivo ese afán, esa curiosidad, esa preocupación enfermiza por renovarse, por completarse, por asimilarse, que todavía siento, a pesar de los años...

En mis descansos he recorrido gran parte de la América, especialmente la Argentina y el Perú, siempre alternando con los médicos y visitando clínicas, hospitales e institutos.

Mi profesión ha sido cumplida sin grandes heroísmos, pero con verdadera pertinacia apostólica, hasta enterar medio siglo... Miles de enfermos han pasado por mi estudio o han

caído bajo mi intervención quirúrgica y siempre he tenido una suerte inefable.

Hasta ahora, que estoy viejo, vienen a golpear mi puerta y entre excusas los voy aliviando sin poder abandonar total y definitivamente ese vicio perseverante.

No caben en la dimensión de estos recuerdos los detalles y experiencias del viejo cirujano. El, de cristalina memoria, los va arrancando al tiempo y caen en el viento de la tarde, viven un instante, se corporizan funambulescamente y se pierden, como vilanos viajeros.

Vamos andando por la carretera de Chiguayante, dejando la prisa de los autos y de los trenes. Un grupo de hombres campesinos rodea la mancha barrosa de un buey cerruco volteado en el camino, trémulas las patas al aire y vidriados los ojos moribundos. El doctor se acerca e interroga a los hombres, despavoridos de gestos y palabras por la tragedia del «buey propio». Surge en él su espíritu bienhechor y con la mano le alisa los ijares punteados por la garrocha. Clama un poco de misericordia en la tarde apacible, rendida en la plancha mercurial del Bío-Bío, manso, humillado, pacífico, esclavizado como otro buey que entrega su alma al destino superior.

El doctor filosofa y recuerda a Epicuro: «Acostúmbrate a considerar que la muerte nada es contra nosotros, porque todo bien y mal está en el sentido y la muerte no es otra cosa que la privación de este sentido mismo.»

—Yo espero vivir cien años, dice el doctor, acelerando el paso y abriendo el optimismo de sus brazos, como un enamorado de la vida. Tengo el corazón de un colegial y las piernas y el estómago de un calichero...

UN POCO DE PROSA PARA TERMINAR.—POLÍTICO OCASIONAL.—  
UN CAÑÓN DE BRONCE.

—Yo he tomado la política como un pasatiempo transitorio y nunca me ha envuelto en sus rigorismos pasionales. Ni para la revolución del 91 me dejé impresionar por las vehemencias, a pesar de haber sido un revolucionario convencido. El médico tiene mucho que estudiar para estar alternando con otras actividades opuestas a su progreso, salvo la excepción de un dominador de la política o un maestro divulgador como lo ha sido en España el doctor Marañón.

Pero eso de desatender su oficio para enrolarse en las asambleas y conjuraciones partidarias, no cuadra a mi criterio. Bas-

ta con el ejercicio ciudadano del bien colectivo para que el médico cumpla su misión social. Sin embargo, a pesar de mi indiferencia o tibieza política, cuando Alessandri fué Ministro de lo Interior de Sanfuentes en 1918, me nombró Intendente de Concepción. Yo no tenía idea del tal nombramiento y fué para mí una sorpresa mayúscula.

Un médico, un cirujano ginecologista de Intendente, me dije y no pude menos de sonreír... Recuerdo, que el mismo día que inicié mis funciones, llegaron a la Intendencia dos correligionarios amigos, a ofrecérseme de consejeros gratuitos. Entonces, yo les conté lo que le sucedió a don Víctor Lamas cuando fué nombrado Intendente por la Junta Revolucionaria del 91. Igual que a mí se le presentaron dos consejeros y don Víctor, sin mover los labios, levantó la diestra y les indicó la puerta... Mis consejeros presuntivos se confundieron con el relato, pero yo traté de aliviarles la plancha, diciéndoles, que si alguna vez los necesitaba, recurriría a sus luminosos consejos...

Serví el cargo hasta el año 21 y fuí varias veces a Santiago a tramitar el despacho de algunos asuntos retrasados por el teje-maneje oficinesco. El Presidente Sanfuentes, que era socarrón y burlesco, pero sin inferir mayores agravios, tenía fama de hacer a los Intendentes o Gobernadores preguntas capciosas o de doble intención. Conmigo fué gentilísimo y se complacía de mi franqueza sin ambajes... Una vez, discutiendo un plano, don Juan Luis me indicó maliciosamente que lo había colocado al revés, lo que me obligó a decirle: Eso depende del lado que se le mire... En otra oportunidad celebró mucho el corte que le había dado a cierto asunto delicado, pero objetó algún procedimiento fuera de uso funcionario, llegando a decirle yo, que si le parecía desatinado mi proceder, tuviera la bondad de aceptar mi renuncia, porque yo no era un «Intendente del montón...»

En ese tiempo se inició el movimiento pro-reinvidicaciones proletarias y las huelgas se sucedieron con una continuidad asombrosa. La población de esta zona, incluyendo a la numerosa de los carboníferos, daba al problema contornos más serios que en otras regiones.

Yo creo que los cargos de representantes del Ejecutivo en provincias, debieran tener una mayor amplitud de responsabilidades y decisiones, ya que el privilegio centralista que absorbe la atención de innumerables asuntos lejanos a su cuidado e interés, dificulta la marcha o resultado de toda gestión.

Este es un criterio simplista de aclarar los procedimientos,

evitando la consulta hostigosa de pequeñeces que podrían resolverse hasta en consejos domésticos.

El progreso de las provincias estará siempre constreñido por esa mistificación de gobiernos centralizados.

El crecimiento y la importancia de Concepción, por ejemplo, se deben exclusivamente a su propia iniciativa, como la fundación de la Universidad local es un factor particular, que va cumpliendo una misión inmensa en el desarrollo cultural de la zona sur.

El Gobierno debiera ser menos egoísta y evitar la absorción de todas las facultades, valiéndose sólo proporcionalmente de la parte tributaria que extrae de las provincias y dejando a su arbitrio y dominio la organización de sus mecanismos administrativos y funcionales, estudiando un presupuesto equitativo en relación al rendimiento zonal.

Ahora, que se ha cristalizado el espíritu regionalista en antagonismo con las privanzas centralistas, debería revisarse con ecuanimidad el rol de los representantes del Ejecutivo, para estipular las facultades dignas de su empleo y con liberalidad de juicio y sentencia.

En mi tiempo, el control lo hacía yo mismo, y era mi criterio y mi voluntad las que primaban sobre las insinuaciones ajenas a la conveniencia. He visto unos Intendentes más monigotes y sin personalidad...

Esa vacilación, esa falta de dominio, se deben a que éstos empleos se han bastardeado por el agiotaje electoral.

Figúrese usted, que una vez, visitando el cuartel de policía, me encontré con un desván lleno de curiosidades: armas delincuentes, sillas, mesas, lámparas, herramientas, máquinas de coser y cuanta variedad de objetos que caen en los juzgados del crimen, terminan en los archivos policiales y pasan al dominio fiscal o de nadie... Ante los policías atónitos hice limpiar la heterogénea bodega y alinear en el patio los objetos, para distribuirlos en los establecimientos de beneficencia y obsequiar las máquinas de coser a los policiales de mejor conducta. Pero, en un oscuro rincón, cuidadosamente disimulado por unos viejos jergones, yacía un bulto largo. Era nada menos que un cañón de bronce, un ejemplar espléndido que resultaba una verdadera joya, pues había sido fundido en Douai (Francia) el 26 de Febrero de 1848 y reformado en Valparaíso el año 1866. Dicha reforma, según aseveraciones del actual Director del Museo, Profesor Oliver Schneider, fué ejecutado probablemente por Paraf y no por Joannes Espinoza. *Le Tonant*, que es el nombre del cañón, fué traslado por orden mía al Museo de Concep-

ción, sirviendo hoy para decorar la entrada al nuevo local del establecimiento recién adquirido por el Fisco. La historia de este cañón no está bien clara, salvo las fechas e inscripciones francesas que lleva visibles, pero no sería difícil investigar el origen de su llegada a Chile.

Con el acto de entrega del cañón al Museo creí hacer una obra cautelosa de los intereses nacionales, pero el Ministro de la Guerra no lo estimó así, y todavía hay un cargo en mi contra por la cantidad de \$ 16,000, valor del cañón que desenterré de un calabozo policial para ponerlo al cuidado de un posible robo o de una sacrílega fundición...

Si todos los funcionarios de Chile procedieran en esa forma, no habrían desaparecido numerosas obras de arte histórico, que fueron subastadas o entregadas a extranjeros habilidosos... Pero había que regirse por la tramitación del «conducto regular» y las propias iniciativas de un Intendente rompían el molde anacrónico de una administración verdaderamente imperialista.

Yo creo, termina el Doctor, que el cañón *Le Tonant* vale algo más que \$ 16,000...»

El Doctor es un charlador incansable, nutrido de observaciones, de citas exactas, de conceptos originales, de apreciaciones, convicciones y deducciones.

Nada se escapa a su curiosidad y si es admirable su larga vida noblemente cumplida, no es de menor mérito esa transparencia de memoria, reflejo tan luminoso de una jornada austera y fraternal.—GERMÁN LUCO.

## EL CREPUSCULO DE LOS RASCACIELOS

**E**L «Trait d'Union» es un círculo parisién que reúne a algunas personalidades eminentes de las letras, las artes y de la alta industria. Ofrece comidas que siempre son encantadoras y a veces algo más, pues en el momento de los brindis ciertos invitados expresan ideas fecundas y apasionantes.

Así, en una de esas comidas, Mr. Welles Bosworth, arquitecto consejero del señor Rockefeller, invitado a pronunciarse sobre la oportunidad de los rascacielos en París, ha tenido el valor de dar sobre esta materia su opinión absolutamente personal. Yo quisiera que su discurso se imprimiese por millones de ejemplares para ser difundido por el mundo entero.

Ha dicho, *en sustancia*, lo siguiente: